

In your eyes

Virginia Conti García

IN YOUR eyes

Capítulo 1

El último cigarrillo de la cajetilla, después de esto debería dejar de fumar, o cuando tuviera un par de años más seguramente tendría problemas respiratorios, pero era lo único que conseguía relajarla, y más después de lo que se le vendría en un par de horas.

Observaba la gran ciudad que tenía a sus pies, y sabía que la extrañaría, su querida Madrid, la misma que le había visto crecer e irse de juerga hasta altas horas de la madrugada, quizás esta fuera la última vez que observaba la enorme Gran Vía, toda llena de vida, con sus colores y sus cláxones, algo que solo sucedía en una ciudad como era Madrid.

-¡Lucía! – gritaron desde el otro lado de la habitación.

Eran sus amigas, y era el día de su gran despedida, bueno quizá no tanta, ya que llevaban horas bebiendo en el piso de Aurora, la única independizada de ellas, con apenas veintiséis años, una que tenía suerte en la vida y que sus padres eran adinerados, y ahora licenciada en Farmacia.

-¡Lucía, ven aquí, borracha! – la voz estrangulada de Elsa hizo que se echara a reír.

Elsa, su pelirroja favorita, y una de sus mejores amigas, la más alocada de las cuatro y quizás la más cuerda, iba a echar de menos sus chistes sobre hombres y sus salidas de tono cuando se cabreaba.

Apagó el cigarrillo y entró de nuevo al enorme salón de Aurora, estaba perfectamente amueblado con sus sillones de piel, su mesita para el té, y la enorme tele de plasma donde venían a ver sus películas.

Observó a sus tres amigas como venían e iban de la cocina, de estilo americano, con vasos de cubata llenos de ron, ginebra, whisky... Esa noche habían tirado la casa por la ventana y habían comprado de todo.

-Toma, de aquí no te puedes ir sobria o no me lo perdonare en la vida.- le paso Aurora un vaso de un color ocre.

Aurora se podía decir que era la más estirada de las de tres debido a su educación, estricta y exigente, sin contar por los numerosos colegios privados por los que había pasado, era una niña de papá. Pero esa noche no tenía nada de niña de papá, tenía su perfecto pelo rubio peinado en una preciosa trenza, sus ojos marrones delineados casi de manera exagerada y de su conjunto... Un estilo elegido por Elsa, minifalda de tubo y camiseta de encaje, aparte de unos espectaculares tacones rojos, esa

noche era una mujer fatality.

El timbre en ese momento sonó y Elsa no tardó en ir a abrir. Solo faltaba ella.

-¡Buenas noches, Madrid! – gritó a pleno pulmón Irene mientras sacaba de una bolsa de plástico del chino más alcohol.

-¿Os habéis vuelto locas? – preguntó Lucía con una sonrisa sin poder evitar emocionarse por todo lo que estaban haciendo sus amigas.

-Oye, guapita, no todos los días una de nosotras se pira a los Estados Unidos.- le acusó Irene a la vez que cogía un vaso y se servía la bebida-. Luego echaras de menos nuestras juergas.

Sí, en eso tenía razón, mañana estaría volando hacia los Estados Unidos, en concreto a California, había conseguido el trabajo de sus sueños, o eso esperaba que fuera, sería periodista en una revista pequeña pero que comenzaba a expandirse. Antes de echar su solicitud de empleo había estudiado bien la revista, era algo de lo que jamás ella se había dedicado, es decir, ella era periodista, en la carrera había hecho todo tipo de artículo, pero jamás se le había ocurrido hacerlo nunca de Arte, pero no un arte cualquiera sino ese tipo de arte que estaba muy de moda, y que sinceramente ella ni entendía, pero necesitaba trabajo, y acababa de salir de la universidad con unas notas que más quisieran sus compañeros, y había estado perfeccionando su inglés por si alguna vez le surgía este tipo de oportunidad, y ahí estaba, emborrachándose la última noche en España, con sus mejores amigas.

Irene fue directa hacia la cadena de música y buscó una cadena con la que pudieran beber mientras se iban poniendo a tono.

La primera canción que comenzó a sonar fue la de Bailando de Enrique Iglesias, y las cuatro comenzaron a cantar como si les fuera la vida en ello.

-... bailandoooo, tu cuerpo y el mío...- la voz de Elsa subió unos tonos más que los del resto y las tres se echaron a reír.

-... yo quiero bailar contigo, vivir contigo, beber contigo, una noche locaaaaa.- gritaron al unísono a pleno pulmón.

El alcohol siguió corriendo entre risas y canciones, bailes y bromas, cuando quisieron darse cuenta del reloj eran más de las cinco de la mañana, y todas estaban borrachas como cubas.

Lucía sabía que esto le pasaría factura mañana o bueno mejor dicho en un par de horas, por suerte iba a ser su hermano mayor quien la llevara al

aeropuerto, Javier, tres años mayor que ella y que siempre le había hecho la vida imposible, pero ahora sabía que iba a echar de menos a ese idiota que tenía por hermano.

Y sin previo aviso se echó a llorar como una niña pequeña.

-¡No quiero irme! – grito mientras acababa su octavo, noveno... a saber, su número infinito de cubata sentada en el enorme sillón de cuero.

Irene, Elsa y Aurora miraron a su amiga del alma y corrieron a abrazarla haciendo que el resto que había en los vasos se desparramara por el suelo y por encima de ellas.

-No digas eso, tonta.- le pidió Aurora con compasión a la vez que retiraba un mechón de su pelo y lo colocaba con dificultad detrás de la oreja.

-Si tú no te vas, me voy yo, ya me las arreglaré.- rió como una loca Elsa.

-Lucí, no llores, es una gran experiencia y prometo que iremos a verte en cuanto ahorremos.- le dijo con firmeza Irene mientras se recogía su precioso pelo castaño en un moño muy mal hecho.

-Pero que voy a hacer allí tan sola, no os tendré, seré una marginada como las que salen en las pelis americanas, de esas que no tienen a nadie y se pasan el día comiendo helados y... - sorbió por la nariz.

-No hagas esas guarradas, es malísimo para los pulmones.- le regañó Aurora, siempre tan profesional, creyéndose médico.

Con ese comentario de madre hizo que las otras tres se echaran a reír de manera alocada.

-Esperad.- dijo Irene levantándose como pudo.

Todas vieron como sacaba algo de su bolso y después volvía para ocupar su sitio al lado de Lucía.

-Lo primero, aquí tenéis.- les enseñó una bolsita con algo verde.

-¿Has traído droga a mi casa? – le preguntó Aurora observando la bolsita de cerca-. ¿Te has vuelto loca?

-Auro, cariño, es la despedida de Luci, dime que no solo la iba despedir con alcohol, quiero que se vaya dirección a los Estados Unidos con un buen cocolón.

-La madre que te pario.- rio Elsa mientras le arrebatava la bolsa y se

disponía a liarse un porro.

-¡Os habéis vuelto locas! Si viene la policía las dos seréis responsables.-
señaló Aurora a Elsa e Irene.

-Hecho.- dijo Irene sin borrar su sonrisa.

La alocada de Irene, demasiado hippie de espíritu, porque de físico no, demasiado estilo tenía esa castaña con sus pantalones ajustados a pesar de sus exuberantes curvas, y su camisa blanca con escote, echaría de menos sus grandes estilismos, haciendo que a veces parecía una auténtica zorra y otras veces la mejor dama de la sala.

-Esto es un regalito de amistad.- sacó de una bolsita cuatro pulseras de plata-. Me he dejado una pasta que los sepáis.

-Pero si ganas más que yo, perra.- rió Elsa.

Irene era abogada, sí, ahí donde estaba, era una buena abogada en un buen bufete, pero no todo le había salido rodado hasta llegar allí. Irene era huérfana desde los diez años, se había ido a vivir con su abuela y sabiendo que la pobre mujer a su avanzada edad no podría darle cuanto necesitaba económicamente, en cuanto pudo se había puesto a trabajar y lo había hecho en el mismo bufete de abogados que ahora estaba, pero de chica de los recados, con ello había conseguido pagarse la universidad, bueno con ese trabajo y dos más, pluriempleado, por lo que Lucia se alegraba de la que la vida le hubiera sonreído a pesar de las dificultades.

-Chist mi economía será mejor que la tuya, pero es peor que la de Aurora.

Lucía miró a esas tres locas, y se preguntaba qué hubiera pasado si no hubiera conocido de primeras a Aurora, con ella llevaba más de quince años juntas, se conocían del instituto, después se les junto Irene, era la chica que trabajaba en la cafetería de la universidad, uno de sus tantos trabajos, y por último Elsa, a quien conocieron en uno de los trabajos como dependientas que habían tenido.

Un estrambótico grupo a cual más distinta pero que habían forjado una amistad que esperaba que la distancia no destrozara.

-Bueno toco el momento sentimental.- anunció Irene repartiendo las pulseras.

Les fue dando a todas y cada una de ellas las pulseras de plata y al final, justo en el broche, había una canica de color morado.

-¿Morado? – preguntó Lucía.

-Ahora viene lo más bonito.- se acomodó en el sillón y miro a todas sus amigas-. Habría sido muy estúpido daros a cada una de vosotras una con vuestro color de ojos o alguna chorrada de esas, pero esta chorrada es más bonita.

-Venga arranca poeta.- le pidió Aurora mientras se colocaba su pulsera con una sonrisilla.

-Pues pensé con que sorprenderos entonces se me ocurrió, que color podía haber que fuera a agradar a todas, que color nos podría identificar, ¡Pues ahí estaba! ¡El morado! Es un color precioso que...

-Te gusto y las compraste.

Se miraron entre ellas y estallaron de nuevo en risas.

-¡Ajá!, ya es oficial tenemos nuestro propio color y bueno no solo eso sino que tenemos una pulsera de cuatro, si a alguna os asesinan o atropellan podremos identificaros.

Volvieron a estallar en risas, y así les dieron las diez.

Las despedidas fueron amargas, y más para Lucía, iba a cruzar el charco alejándose de toda la gente que conocía, de todos sus seres queridos, pero sabía que si en algún momento tenía que volver sabría donde ir.